

bastida, Obispo de Puebla; D. Clemente de Jesus Munguia, Obispo de Michoacan; D. Pedro Espinosa, Obispo de Guadalajara; (*) D. José María Covarrubias, Obispo de Oajaca; D. Francisco de Paula Vereá, Obispo de Monterrey y D. Pedro Barajas, Obispo de San Luis Potosí. Además se hallaron presentes los siguientes Sres. presbíteros. Del clero secular: Dr. D. Salvador Zedillo, canónigo de la Metropolitana de México; D. Alonso Terán y D. Vicente Reyes, canónigos de la Iglesia de Michoacan; D. Feliciano Pérez, canónigo de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe; Dr. D. Francisco de Paula Arias, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Guadalajara; Lic. D. José María Gonzalez Esteves, promotor fiscal de la Curia eclesiástica de Guadalajara; Dr. D. Rafael Camacho y D. Enrique Parra, domiciliarios de la misma diócesis; D. José María Vera, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Monterrey, y otro eclesiástico de esa diócesis; D. Manuel Rodriguez, secretario del Illmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí; el R. Padre D. José Cacho del Oratorio de San Felipe Neri de México; y los Sres. D. Ignacio Montesdeoca y Plancarte de la diócesis de Michoacan, que solo eran subdiáconos. Del clero regular, los RR. Padres Francisco Gonzalez, misionero de Zacatecas; Antonio Castro, agustino de México; y dos carmelitas descalzos, el Padre Pablo Antonio del Niño Jesus, y su socio el Padre Felipe de la Concepcion. Varias honorables familias mexicanas asistieron también á este admirable triunfo de la religion, y en el momento sublime en que el Pon-

(*) Al año siguiente el Illmo. Sr. Labastida fué trasladado al Arzobispado de México; y los Sres. Munguia y Espinosa, nombrados Arzobispos de sus respectivas diócesis, elevadas al rango de Metropolitanas.

tífice Romano declaraba la "Santidad" del Protomártir mexicano, sin poder olvidar los crueles dolores de la patria, del fondo del corazón les salió este grito patriótico: ¡Glorioso Mártir ruega por tu México!

EL BIENAVENTURADO BARTOLOMÉ LAUREL DE LA
ORDEN DE SAN FRANCISCO.

§ I.

Poco ciertamente se sabe de la vida del bienaventurado hermano franciscano Bartolomé Laurel. No diremos que la incuria del hombre, si no mas bien que la calamidad de los tiempos, destruyendo el inmenso tesoro de apreciables documentos inéditos, es la que nos ha privado de un cúmulo de datos que podrían lisonjear y edificar á la vez, los corazones mexicanos.

Lo que sí puede asegurarse, descansando en la fé de los procesos apostólicos levantados para entablar la causa de su Beatificación, es, que fué mexicano, y nacido probablemente en nuestra Capital. Su juventud primera la empleó en el estudio de la medicina, en el que hizo notables y rápidos progresos, presintiendo quizás desde entonces, que Dios, por este medio le llamaba á ejercer el doble ministerio de la caridad, curando á un tiempo los cuerpos y las almas.

Esta convicción le hizo aplicarse seriamente á su propia santificación, y desde tierno jóven fué modelo de humildad, mortificación y amor de Dios. Pero creyendo prudentemente que en medio de las distracciones del siglo no le era fácil conservar la inocencia

y pureza de costumbres á que Dios le llamaba, se resolvió á encerrarse dentro del fuerte y doble muro de la abnegacion y la humildad monástica, abrazando el estado religioso, pero en su grado último. A este fin, pidió y obtuvo, siendo todavía muy jóven, el hábito religioso de hermano lego, en el convento de San Francisco de México, casa matriz de la provincia del Santo Evangelio. Pasado el año de aprobacion de una manera mas edificante, mereció profesar; y entonces tambien pudo desarrollar su espíritu caritativo, consagrándose á la asistencia de los enfermos de su comunidad.

Se ocupaba en estos piadosos ejercicios, á tiempo que de España llegó á México el bienaventurado Padre Francisco de Santa María, franciscano descalzo de la Provincia de San José, que devorado por el celo de la salvacion de sus hermanos se dirigia á las Filipinas á predicar el Evangelio. El hermano Bartolomé que se hallaba animado de los mismos sentimientos, al tratar al Beato Padre Francisco se confirmó y perfeccionó en ellos, y entendiéndose fácilmente los dos apostólicos varones, concertaron despues de obtenida la bendicion de la obediencia, trabajar de consuno en la conversion de los gentiles. Con este noble fin se embarcaron en Acapulco con direccion á aquellas islas el año de 1609, y durante trece años evangelizaron sin cesar la justicia y la paz.

Pasado ese tiempo, tuvo noticia el bienaventurado hermano, de que los religiosos del Japon padecian mucho á causa de no tener medicinas, ni un solícito enfermero que las administrase, lo que se dificultaba mas, por haber estallado la cruel persecucion. Entonces exclamó con San Pablo: *¿quién sufre, que no me haga sufrir?* y comunicando sus proyectos con el Beato Padre Francisco, de quien era inseparable com-

pañero, resolvió solicitar licencia para trasladarse al Japon, y dedicarse á la asistencia y curacion de los pobres enfermos, utilizando así sus vastos conocimientos médicos.

Los superiores le otorgaron con facilidad su licencia, y en union siempre del bienaventurado Padre Francisco de Santa María, logró penetrar en el Japon el año de 1622, lleno de ese gozo purísimo que produce la conciencia del bien que se medita, que se promueve y que se realiza.

Su profunda humildad le hacia creer que solo iba á cuidar á sus hermanos enfermos, sin dejarle columbrar que la Divina Providencia le llevaba al Japon, para premiarle sus trabajos de apóstol, con la corona de mártir. Una vez establecido en aquel imperio, llenó satisfactoriamente sus caritativos propósitos, consagrándose todo á la asistencia de los pobres enfermos, extendiendo además, sus cuidados como San Vicente de Paul, á todos los necesitados, fuesen ó no fuesen católicos. Con los que no lo eran se conducia con esquisita prudencia, espiando siempre una favorable oportunidad para curarles con dulzura las almas.

En los tiempos de paz, es cosa fácil disimular las obras santas hijas del celo y de la caridad; pero en los dias de turbacion y cuando los enemigos del bien, se convierten en lince para escudriñar la conducta de los evangelizadores de la paz, no es posible ocultar mucho tiempo los beneficios de la caridad. Así sucedió entonces: cinco años hacia que el Beato Bartolomé se ocupaba en preparar á los fieles para que santamente recibiesen los Sacramentos, y al mismo tiempo en catequizar á los infieles para que abrazasen la fé; pero creciendo de una manera horrible la persecucion anticristiana, los peligros y las dificultades

se aumentaron; y debilitados en gran parte los vínculos de la gratitud, los apóstoles se hallaron rodeados de enemigos, y en contacto con muchos amigos dudosos ó acobardados. En esta difícil posición, era natural que pronto cayesen en manos de sus perseguidores.

Delatado el Beato mexicano, fué luego preso, y atormentado con todo el furor del fanatismo gentilico. Triunfó empero de la doble tentación inventada por el infierno: despreció las promesas lisonjeras; se sobrepuso al temor natural que causa la vista del suplicio. Y confesando con heroica constancia y valor, en la presencia de los crueles verdugos, que Jesucristo es Hijo Eterno de Dios vivo, mereció en 1627 ser quemado vivo en Omura: y luego en 1867, ser agregado al cándido ejército de los gloriosos mártires, y gozar de los altos honores de la veneración y el culto público. ¡Tal es el segundo santo hijo de México!

EL BIENAVENTURADO PADRE BARTOLOMÉ GUTIERREZ,
RELIGIOSO AGUSTINO, NACIDO EN LA CIUDAD DE
MÉXICO.

§ I.

Este glorioso mártir es el tercer hijo de México que ha merecido por su valor y constancia en la fé, los honores del culto que la Iglesia concede á los perfectos amadores de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Nació este bienaventurado en la ciudad de México en los primeros días del mes de Setiembre de 1580,

según consta del siguiente documento, publicado hace un año, por un erudito anticuario, y que copió á la letra del libro 4.º de bautismos de españoles, de la parroquia del Sagrario, fojas 90. He aquí la partida testual: "*En cuatro días del mes de Setiembre de mil quinientos ochenta años, yo el cura Francisco Loza bautizé á Bartolomé hijo de Alonso Gutierrez, y de su mujer Ana Rodriguez: fueron sus padrinos Juan Fernandez y Catalina Rodriguez.—Francisco Loza, cura.*" Por otro documento suscrito por el R. Padre Postulador de la causa de la Beatificación, consta no solo que nació en México y que fué bautizado en el Sagrario, sino hasta la calle y casa en que nació, pues asegura que fué la primera de Santo Domingo, en la esquina que dá vuelta para la de Donceles. Esta verdad quedó plenamente verificada por instrumento jurídico que el referido Padre Postulador, solicitó del Ayuntamiento de México, y que se le otorgó por orden del Sr. Conde de Santiago, corregidor de la ciudad, suscrito por Juan Jimenez de Siles, teniente secretario del Ayuntamiento. No cabe ya duda sobre que el bienaventurado Padre Bartolomé Gutierrez es hijo de la capital.

Sus piadosos y acomodados padres, tenían toda la honradez y religión de los antiguos españoles, y de acuerdo con estos principios, le educaron enseñándole á temer á Dios, y abstenerse de todo pecado. No fué estéril el terreno sobre que derramaron tan preciosa semilla, y así sucedió, que su bendito hijo, aun siendo niño podía proponerse como ejemplar perfecto á los ancianos. En los mismos entretenimientos inocentes de la niñez dejaba traslucir grande entereza de carácter, amor á la virtud, é inclinación á empresas mayores de lo que pedía su edad: puede decirse que nada que fuese pueril le agradó. Al mis-